

Dust Bowls of Empire. Imperialism, Environmental Politics, and the Injustice of “Green” Capitalism de Hannah Holleman

Andrea Cortés Islas¹

Existen una serie de parámetros que permiten corroborar la gravedad del estado de emergencia bioclimática que atraviesa a la biota global, entre los que destacan los llamados límites planetarios. Ellos son definidos como los espacios seguros en que la vida puede seguir reproduciéndose, fijados según las condiciones que permitieron la vida en la Tierra durante el Holoceno, época geológica dentro de la cual se crearon los diferentes ecosistemas actualmente existentes, la predicción de las temporadas climáticas y el desarrollo de múltiples actividades humanas, principalmente la agricultura.²

En concordancia con Johan Rockstrom existen nueve de límites planetarios, de los cuales siete pueden ser cuantificables con base científica en tres de ellos –cambio climático, erosión de la capa de ozono y la acidificación oceánica– y cuatro mantienen severas incertidumbres –el uso de la tierra, el uso del agua potable, el rango de pérdida de biodiversidad y la interferencia de los ciclos del nitrógeno y el fósforo–. Para otros dos hay poca información –contaminación química y la dispersión de aerosol.

En la actualidad existe la certeza de que se han traspasado tres de estos límites: la pérdida de biodiversidad, el cambio climático y las variaciones en el ciclo de nitrógeno,³ lo cual se encuentra directamente relacionado con la degradación de uno de los elementos esenciales para el mantenimiento de la vida: el suelo. La responsabilidad de ello recae en esencia en los megaproyectos relacionados con el complejo farmacéutico-agroindustrial y el aparato bélico-industrial, ambos sostenidos y alimentados por los combustibles fósiles.

¹ Egresada de la licenciatura en Relaciones Internacionales por la FCPYS de la UNAM. Parte del equipo de investigación del dr. John Saxe-Fernández y colaboradora del Proyecto PAPIT “Riesgos existenciales para la vida en el planeta: capitalismo fósil, economía de guerra permanente y luchas hegemónicas” en el CEIICH-UNAM. Redactora invitada de los medios digitales feministas Malvestida: “Más allá de la cultura fitness: cómo conocer y conectar con el cuerpo” y de la Crítica: “¿Cómo habitar este mundo cuando ni siquiera se nos enseña a habitar nuestros cuerpos?” Mis líneas de investigación-acción se centran en alternativas a la producción agroindustrial desde la agroecología y los ecofeminismos. Contacto: andreacortes@politicas.unam.mx

² Johan Rockstrom, “Bounding the Planetary Future: Why We Need a Great Transition”, en *Great Transition Initiative*, 2015, pp. 3-4.

³ *Ibidem.*, pp. 4-6.

Sin embargo, la degradación del suelo ha sido analizada sobre todo como una consecuencia de los megaproyectos, dejando de lado que ésta también ha sido causada por políticas medioambientales que han privilegiado la producción industrial, sin importar la corriente de pensamiento o adscripción política —de centro, de izquierda o conservadora—, en que el suelo se ve como una materia prima más, necesaria para el *desarrollo* de las naciones.

En la actualidad nos encontramos en un punto crucial para los suelos del mundo, debido a que al haber traspasado tres de los límites planetarios antes señalados, les pone en peligro de extinción. Como alertan diferentes especialistas que conforman la Plataforma Intergubernamental de Ciencia y Política sobre Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos —IPBES, por sus siglas en inglés—, “la degradación “crítica” del suelo, principal causa de la pérdida de especies tiene en riesgo a 3, 200 millones de personas en el mundo y provocará grandes migraciones para 2050”.⁴

En 2015 la FAO, máximo organismo internacional encargado de asuntos relacionados con la comida, la agricultura y el medio ambiente, declaró el año mundial de los suelos con el objetivo de emprender acciones para detener su desertificación, asegurando que ello se encuentra relacionado con el aumento demográfico que exige una mayor cantidad de alimentos por lo que más del 35 por ciento de la superficie terrestre cultivable —es decir, libre de hielo— se ha destinado a la agricultura.⁵ Sin embargo, el organismo no aclara que esto se debe a un tipo específico de ella: la agricultura industrial.

La agricultura industrial es responsable en gran medida de la erosión del suelo, cuyos impactos ecosociales han abonado significativamente a la emergencia bioclimática, y que se pueden expresar de la siguiente manera:

- Utiliza el mayor porcentaje de los suelos agrícolas a nivel mundial, para lo cual se destruye anualmente 75 millones de hectáreas de tierra arable;
- Deforesta 7.5 millones de hectáreas de bosque, el equivalente a un campo de fútbol cada minuto;
- Consume al menos el 90 por ciento de los combustibles fósiles que se usan en la agricultura —incluyendo la industrial y la de subsistencia— y al menos 80 por ciento del agua dulce de la superficie terrestre;
- Genera una cuenta de 12.37 billones de dólares que debe ser pagada tanto

⁴ EFE, *La degradación del suelo pone en riesgo a 3, 200 millones de personas en el mundo, según expertos*, Madrid, 26 de marzo de 2016, disponible en <https://www.efeverde.com/noticias/degradacion-suelo/> fecha de consulta: 5 de enero de 2021.

⁵ FAO, *Los suelos están en peligro, pero la degradación puede revertirse*, Roma, 4 de diciembre de 2015, disponible en <http://www.fao.org/news/story/es/item/357165/icode/> fecha de consulta: 23 de enero de 2021.

por la generación de los alimentos como las repercusiones ambientales que deja a su paso; y finalmente;

- Ocasiona un saldo de 3, 900 millones de personas subalimentadas o malnutridas.

Asimismo, este tipo de provisión alimentaria resulta deficiente considerando que las actividades agroindustriales sólo alimentan al 30 por ciento de la población global, mientras que el porcentaje restante es destinado esencialmente a alimentar a otras industrias, como la farmacéutica, la textil, la ganadera y la petroquímica.⁶ Por tanto, la agricultura industrial ha tenido por resultado que los suelos sean despojados de su vegetación natural, experimentando “fuertes aumentos de la erosión y grandes pérdidas de carbono del suelo, nutrientes y biodiversidad”.⁷

Sin embargo, este fenómeno no es reciente y aunque se ha agudizado desde la revolución verde que comenzó desde la década de los cincuenta y se concretó en los años setenta, la desertificación tiene un gran antecedente en el conocido fenómeno del Dust Bowl, el cual ocurrió en el sur de Estados Unidos. durante los años treinta, afectando sobre todo a los estados de Oklahoma y Texas. Una gran cantidad de granjeros y agricultores se vieron perjudicados, viendo a este fenómeno como un castigo de Dios por violar *–rapped–* a la tierra, ya que Él no la creó para ser una tierra de cultivo *–farmland–*.⁸

En general, el Dust Bowl ha sido visto como un fenómeno momentáneo que se presentó en una temporalidad y espacialidad específicas. Por el contrario, y como lo muestra Hannah Holleman, una de las mentes más brillantes dentro del ecosocialismo de la *Monthly Review*, el siglo XXI es conocido por ser la época de los extremos ecológicos y ello no sería así sin procesos que no han cesado, como el uso intensivo de los bienes naturales *–comunes–*, tal es el caso de la desertificación causada por la expropiación social y ecológica de los suelos, acompañada de procesos de opresión y dislocación socioambiental.⁹

A lo largo del libro *Dust Bowls of Empire. Imperialism, Environmental Politics, and the injustice of “Green” Capitalism*, Hannah Holleman dilucida la cuestión del Dust Bowl no sólo como un ejemplo de desertificación del pasado para comprender el presente, sino como un hecho que muestra las relaciones económicas, ecológicas, políticas y socioculturales inherentes a la explotación del suelo.

⁶ Andrea Cortés Islas, *Construir el futuro en colectivo: una reflexión sobre el COVID-19 en torno a la cadena alimentaria agroindustrial y su relación ecosocial*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 2019, p. 4.

⁷ *Op. cit.*, *idem*.

⁸ Hannah Holleman, *Dust Bowls of Empire. Imperialism, Environmental Politics, and the Injustice of “Green” Capitalism*, Yale University Press, Estados Unidos, 2018, p. 1.

⁹ *Ibidem.*, p. 18.

El análisis que presenta señala todo el entramado sistémico de la emergencia bioclimática, en que el racismo y el ecocidio han sido dos caras de una misma moneda, expresadas a través de técnicas y estrategias extractivas —al menos desde hace más de un siglo— que han degradado el suelo y con ello la vida de cientos de especies, destruyendo ecosistemas enteros y desplazado —cuando no aniquilando— a miles de naciones indígenas, las cuales, es menester recordar defienden y protegen el 80 por ciento de la biodiversidad planetaria, pero al mismo tiempo sólo son propietarios de alrededor del 11 por ciento de las tierras globales.¹⁰

La autora expone de manera muy clara cómo el Dust Bowl además de verse como una de las mayores catástrofes ecológicas del siglo xx, debe entenderse como un suceso que permanece en la actualidad y cuyos orígenes se remontan con el comienzo de la organización socioeconómica que ha puesto al capital en el centro y no la vida. Actualmente se utilizan mecanismos anclados en discursos del “capitalismo verde”, haciendo parecer que por medio de la tecnología se logra conservar el suelo, a la vez que se perpetúa la agricultura industrial y otras actividades extractivas, principalmente para la extracción de combustibles fósiles y minerales, bajo la idea de que se necesita alimentar a una población creciente.

Una de las tesis centrales del texto subraya la importancia que el suelo tiene para reproducir la vida, lo cual muchas veces ha sido pasado por alto por especialistas en la materia. En este sentido, sus ideas abonan desde el análisis histórico a la búsqueda de soluciones y la comprensión de la emergencia bioclimática en que se acentúa que la transición energética no bastará al cambiar al aparato fósil-minero que es el mayor emisor de Gases de Efecto Invernadero, sino que ello deberá estar aparejado con la defensa de una alimentación que no esté controlada por el agronegocio, cuyos costos sociales, ambientales y culturales se han expresado en un ecocidio ahondado por la falta de regulaciones y la posposición de las mismas a cargo del vínculo entre el gobierno de Estados Unidos, los organismos internacionales —incluyendo a la FAO— y los intereses de las grandes corporaciones agroindustriales y el cabildo fósil.

Para sustentar lo anterior, el análisis de Hannah Holleman se da desde la ecología política, además de un estudio interseccional en que destaca cómo el sistema de segregación racial y étnico ha generado una suerte de imperialismo ecológico que ha permitido el despojo territorial, que asimismo se encuentra afianzado en el sistema de supremacismo blanco prevaleciente en Estados Unidos,¹¹ y trasladado a todo el mundo por medio de la homogeneización de prácticas agroindustriales.

Además, destaca en un recorrido histórico cómo es que esto se dio desde los diferentes procesos de colonización afianzados en el siglo xix, presentando al Dust

¹⁰ La Totuma Ecofeminista, [en línea], 9 de agosto de 2020, Instagram @la.totuma

¹¹ *Op. cit., ibidem.*, p. 56.

Bowl, desde un acercamiento interdisciplinar, como un proceso dentro de las dinámicas globales del desarrollo histórico del sistema mundo, vigentes en el siglo XXI.¹²

A su vez, la escritora confronta a diferentes autores y autoras, así como los discursos de algunos organismos internacionales para comprender las acciones que se están llevando a cabo para detener o afianzar la *Dust-bowlification*, como una cuestión que pone al centro la ecuación entre la acumulación del capital a costa de la degradación de los elementos biofísicos y sociales que sostienen la vida.

Para ello una cuestión nodal del texto es diferenciar entre el paradigma medioambiental del *mainstream* que representan la gran mayoría de las políticas ecológicas actuales –tanto de Estados Unidos como a nivel global–, que dejan a un lado el reparto de tierras, la defensa de los territorios, así como algunas organizaciones no gubernamentales que refuerzan discursos racistas, sexistas y clasistas por medio de sus campañas “verdes”, contra el paradigma de justicia medioambiental que ponen al centro la defensa de la vida, al aprehender que sin justicia social, racial y de género no habrá justicia ambiental y viceversa, tal como la Vía Campesina y los movimientos de naciones indígenas que se muestran en el libro.

Un excelente libro que ahonda la comprensión de la emergencia bioclimática no sólo en tanto un sentido teórico, sino que da pautas para trabajar en la generación de políticas públicas y programas, así como en el acompañamiento de movimientos sociales que defienden la tierra como la raíz que nos sostiene, tal como la defensa de la Soberanía Alimentaria.

Porque sin suelo la vida simplemente no podrá seguir floreciendo, incluyendo a todos los seres que habitamos la Tierra.

Hannah Holleman, *Dust Bowls of Empire. Imperialism, Environmental Politics, and the Injustice of “Green” Capitalism*, Yale University Press, Estados Unidos, 2018, 231 pp.

¹² *Ibidem.*, p. 149.